

PARTE I:

*Una melodía
del pasado*



—«El teniente retirado de la marina británica, el señor Rowan Linford, que ofreció servicio en el navío de Su Majestad, Speedy III, ha sido asesinado a sangre fría en el anticuario que regentaba en la calle Wald, en Bloomsbury.

»El cuerpo fue hallado sin vida la noche del domingo por su ayudante, el señor Brown, cuando este se presentó en la escena del... *car... men...*».

—Crimen.

El hombre que había estado leyendo el periódico frunció el ceño. Luego entrecerró los ojos y se acercó la página a la cara.

—«En la escena del crimen —corrigió—, dispuesto a realizar algunos trabajos de mantenimiento con el señor Linford, de cara al inicio de la nueva semana laboral. El señor Brown se topó con el cadáver, para entonces ya en pleno *ri... rugor mortis...*»

—*Rigor mortis*.

El hombre apartó el periódico con un movimiento exasperado y se giró buscando en el corrillo que había a sus espaldas a la propietaria de la voz que había osado interrumpirlo.

—*Rigor mortis* —repitió la voz—. Es el fenómeno por el cual las articulaciones y los músculos de un cadáver se vuelven rígidos a partir de las dos horas tras el fallecimiento.

Los presentes se apartaron como gotas de aceite repelidas por el agua, para exponer a una joven que había en la última fila subida en el bordillo de la acera. Sus ojos almendrados y despiertos estaban fijos en el periódico.

—Perdón, no quería interrumpir —dijo con timidez cuando las miradas se clavaron en ella.

Tras observarla de arriba abajo, el hombre soltó una carcajada.

—Para no querer interrumpir, hablas demasiado para mi gusto, niña —le espetó.

—Si no leyeras tan despacio, esta joven no tendría que corregirte —soltó una mujer que estaba junto al hombre.

—¿Eh? —Él hizo una mueca—. ¿Y por qué no lees tú la próxima vez, analfabeta?

La mujer soltó una carcajada histriónica y se inclinó sobre el hombre, al que sacaba una cabeza de altura, hasta que sus labios casi le rozaron la oreja.

—Cállate y sigue leyendo —dijo escupiendo cada palabra.

Él apartó a la mujer con un movimiento brusco.

—«En pleno *rigor mortis*... —continuó—, y fue de inmediato a buscar a un representante de las autoridades, que encontró patrullando en la calle Adler.

»El señor Brown ha descrito, en exclusiva para esta gaceta, algunos detalles de la espantosa escena con la que se encontró en el anticuario y que le revolvió las tripas, a pesar de que aquella mañana todavía no había probado bocado. Pero no fue la sangre que encharcaba el suelo lo que más impresión le causó, sino el rostro desencajado de su estimado patrón, que yacía en el suelo con ojos aterrorizados; unos ojos que le habían visto la cara al mismísimo diablo justo antes de que este ejecutara la maléfica fechoría.

»Y seguro que estas palabras resultarán inquietantes a nuestros queridos lectores, pero ¿de qué otra manera podemos interpretar este suceso? El mismo señor Brown ha declarado que la cerradura de la puerta no estaba forzada, y que, al hacer inventario tras el crimen, no echó en falta ninguna mercancía, por lo que el robo no pudo haber sido la causa del crimen.

—Válgame Dios —se oyó.

—¡Qué horror! —dijeron otros.

El hombre continuó leyendo.

—«*La Gaceta Ilustrada* ha conversado con los vecinos de las inmediaciones de St. George's Gardens, que están aterrorizados por la atrocidad del asesinato. El señor Rowan Linford, soltero y sin hijos, era un respetado y tranquilo ciudadano del barrio de Bloomsbury, y aunque estaba retirado del servicio militar desde hacía siete años, todavía hoy continuaba promoviendo entre la comunidad los valores patrióticos y hegemónicos del Reino Unido.

»Esta gaceta ha tenido la oportunidad de hablar con el representante de la Oficina del Gran Almirante de la Marina Británica, que ha ratificado que el señor Rowan Linford sirvió con integridad durante sus años de servicio y ha elevado a petición pública que Scotland Yard encuentre al culpable del delito a la mayor brevedad, pues es un deber común garantizar respeto y justicia a aquellos que han servido a Su Majestad la Reina.

»La responsabilidad recae ahora sobre la división E de la Policía Metropolitana, que está siendo supervisada por el inspector del Departamento de Investigación Criminal Clement Winston, un hombre que ostenta un prolífico historial de fracasos y negligencias, como en el caso del asaltador del Támesis, cuando el inspector resolvió liberar al principal sospechoso, lo que dejó a las mujeres que habitan la ciudad de Londres desprotegidas de la violencia y de la injusticia. *La Gaceta Ilustrada* invita a sus avispados y exigentes lectores a considerar si un inspector que ha hecho gala de semejante falta de criterio está capacitado para hacerse cargo de un caso de estas dimensiones. ¿Cómo podemos estar seguros de que el asesino no volverá a matar? ¿Cómo sabemos que no está ahí fuera ahora mismo, entre nosotros, eligiendo a su próxima víctima? Quizás usted sea capaz de dormir

esta noche, ahora que es consciente del peligro que acecha, pero servidora no».

—Dios mío, tiene razón, ¡puede estar en cualquier parte! —exclamó una mujer, horrorizada.

—Eh, ¿qué demonios? —protestó el hombre que leía—. A mí no me mire, yo no he matado a nadie.

La mujer comenzó a sollozar. Los otros que habían formado el corrillo le dirigieron palabras de consuelo, y luego comenzaron a discutir, de manera apasionada, iniciativas encaminadas a encontrar al asesino. Un hombre incluso señaló a su vecino como principal sospechoso, porque «válgame Dios, siempre supe que tramaba algo».

—Señora. —Una voz se elevó sobre el agitado rumor de las discusiones—. ¡Señora!

Las cabezas se voltearon de nuevo hacia la joven de ojos almendrados, que continuaba en la retaguardia observándolo todo con actitud curiosa.

—Eso de que el asesino está entre nosotros eligiendo a su próxima víctima... —proclamó, escéptica—. Parte de lo que han leído ahí son especulaciones. No hay evidencia alguna que indique que volverá a matar.

La otra mujer, que parecía haber encontrado consuelo en el apoyo unánime del grupo, le dirigió una mirada acusadora.

—¿De qué está hablando? —El hombre sostuvo el periódico en alto—. No hay duda de que ese tipo anda suelto y de que volverá a cometer un crimen. Lo dice el periódico.

—Sí —suspiró la joven—. Eso es lo que dice el periódico...

—Que Dios se apiade de su alma —dijo la mujer dibujando una cruz en el aire con la mano.

Tras una última ronda de protestas y presagios calamitosos, el grupo comenzó a disolverse de manera que quedó a la vista una niña de unos seis años que vestía un camisón de tela raída e iba

descalza. Había estado callada todo el rato, tratando de seguir la contienda con su mirada candorosa.

—Ya te puedes llevar esto. —El hombre le tendió el periódico sin apenas mirarla.

—Disculpe, señor —respondió ella, con voz tímida—, es un penique.

Él bajó la mirada, su rostro transformándose en una mueca de disgusto.

—¿Un penique? —Soltó una carcajada—. Si eso es lo que cuesta un periódico nuevo. Y este está descolorido y no se puede leer. ¿Es que quieres engañarme, renacuajo? —Lo dejó caer sobre la acera y se marchó musitando palabras de desprecio.

La niña se abalanzó sobre el suelo para evitar que las páginas se humedeciesen, pero una mano rescató el periódico de un tirón.

La joven de los ojos almendrados y despiertos, la que había corregido dos veces al hombre que leía en voz alta palabras cuyo significado no conocía, sostuvo el periódico en el aire mientras lo limpiaba con el dorso de la mano. Luego lo dobló con cuidado, tratando de devolverlo a su estado original y buscó la noticia del asesinato en la portada. Pasó la yema del dedo índice por las columnas hasta que se topó con el retrato de un hombre de pelo rubio, ojos pequeños y mentón prominente. Vestía un uniforme de un blanco impoluto con una ristra de condecoraciones en la pechera. La pose era firme y orgullosa, pero más allá del tono formal y de la parafernalia militar, se adivinaba una cálida sonrisa. Bajo la fotografía, en letra pequeña, decía: «Rowan Linford, fallecido a la edad de treinta y siete años». Por último, la joven buscó quién firmaba la noticia.

—«Agatha Thornton, para *La Gaceta Ilustrada*» —leyó, y tras sofocar una carcajada, añadió—: Hace gala usted de una vívida imaginación, señora Thornton.

Tendió el periódico a la niña, que la observaba con expectación.

—Gracias, señora.

—Puedes llamarme Elisabet.

—Yo soy Alicia —dijo la niña, sonriendo con timidez.

Elisabet se acuclilló frente a ella de modo que ambas quedaron cara a cara.

—¿Tienes a dónde ir, Alicia?

—Suelo dormir en el *workhouse** de Hanover Square...

Elisabet suspiró descorazonada. Se llevó la mano a la cintura, de donde pendía un bolsito riñonera confeccionado con retales de tela de algodón. Desabrochó los dos botones y rebuscó en su interior ante la atenta mirada de la pequeña Alicia, que levantaba la barbilla tratando de vislumbrar algo. Luego colocó un par de peniques en la palma de la mano de la niña.

—Elisabet —titubeó—, el periódico solo cuesta un penique.

—¿Por qué no pones esas monedas en el bolsillo de tu delantal y te aseguras de que nadie las vea? —dijo Elisabet, y cerró su manita con delicadeza—. ¿Te gusta el pescado frito?

—No lo sé. Creo que nunca lo he probado.

—En Wide Market hay un puesto ambulante de pescado frito y patatas asadas. Lo reconocerás porque lo atiende una señora de pelo blanco y piel morena. Cuando tengas hambre, ve a verla y dile que vas de mi parte.

—Gracias. —Alicia esbozó una sonrisa.

Elisabet asintió, se puso de pie y cerró el bolsito.

—Señora, ¿es verdad que estaremos a salvo?

—¿A salvo?

—Del diablo, como dice el periódico.

* Los *workhouses* eran instituciones que proveían de trabajo y comida a la gente sin recursos en el siglo XIX en Londres. Las condiciones de trabajo y sanitarias eran, a menudo, inhumanas.

Elisabet vaciló un momento antes de acucillarse de nuevo frente a la niña.

—Claro que es verdad. Verás... Yo trabajo para la policía, ¿sabes? Nosotros nos encargaremos de atrapar al criminal y de meterlo en la cárcel.

—¿De verdad hará usted eso?

—Sí. —Elisabet asintió con firmeza—. No hay ningún diablo al que temer. Quienquiera que haya cometido ese crimen es una persona de carne y hueso. Como tú y como yo.

Pero aquellas palabras entusiastas no animaron a la pequeña Alicia, que se limitó a bajar la mirada con expresión triste. Elisabet abrió y cerró la boca un par de veces. Quería decirle algo para reconfortarla, pero fue incapaz de encontrar la frase correcta. Al final estrechó sus hombros con afecto.

—Cuídate, Alicia — dijo, a modo de despedida.

Las dos echaron a andar en direcciones opuestas, y cuando Elisabet se giró, vio a la niña mostrando el periódico a transeúntes que pasaban de largo sin mirarla. Pronto desapareció entre la muchedumbre.

¡Ding! ¡Dong ¡Ding! ¡Dong!

Los tañidos de la torre del Big Ben fueron secundados por los de otros campanarios que se unieron desde un lado y otro del río Támesis produciendo un fragor vibrante.

—¡Maldición! —exclamó—. ¡Otra vez llego tarde al trabajo!

* * *

Elisabet voló por la calle Farringdon sorteando a los transeúntes, vendedores ambulantes y mozos de carga que iban arriba y abajo concentrados en sus asuntos. Nada comparable con lo que la esperaba en el transitado cruce de la calle Charterhouse. Om-

nibuses, carrozas tiradas por caballos, *hansom cabs** y bicicletas circulaban de manera imprevisible y agresiva, como animales que actúan por instinto tratando de sobrevivir en la selva del tráfico. Por si fuera poco, los excrementos y orines de caballo se amontonaban por el suelo ofreciendo multitud de oportunidades para resbalar, tropezar o, simplemente, llevarse un desagradable regalo a casa.

Tan pronto como se remangó la falda y se lanzó a cruzar la calle, Elisabet fue testigo del primer altercado del día. Un tranvía se había detenido en pleno cruce y los vehículos comenzaban a apelotonarse detrás, en caravana. El conductor del tranvía asomó la cabeza por la ventana de la cabina y explicó a voces que uno de los caballos se negaba a avanzar, y que hasta que no decidiera moverse, no había nada que hacer, porque ni los caballos ni los tranvías habían sido diseñados para ir marcha atrás.

—¡Fustíguelo más fuerte! —recomendó un hombre que viajaba en el techo de un ómnibus; una posición privilegiada desde la que observar la función.

Los conductores de los vehículos que esperaban en caravana no podían oír al conductor, así que comenzaron a tocar las bocinas de manera impulsiva, exacerbando el alboroto con sus gritos y aspavientos.

—¡Disculpen! —exclamó Elisabet con una sonrisa forzada, metiendo barriga para deslizarse entre los vehículos.

Cuando llegó a la altura de los jardines de Russell Square, el fragor del tráfico comenzó a quedar atrás. Los robles y sicomoros, que ya habían echado casi todas las hojas, habían transformado el parque en un lugar muy diferente al de unas semanas atrás, cuando la escarcha y la oscuridad gobernaban la natura-

* Vehículos de dos ruedas tirados por caballos con espacio para dos pasajeros en el interior, y para el conductor en la parte trasera. Se comenzaron a usar como taxis a partir de mediados del siglo xix.

leza. Ahora el aire era templado y el cielo estaba gloriosamente despejado para ser principios de abril.

Esto quería decir que había llegado el tiempo de pasear por los parques y estudiar la naturaleza. Solo necesitaba entornar un poco los ojos para distinguir las primeras abejas volando errantes sobre la hierba, o los caracoles que salían de debajo de las piedras buscando la luz del sol. Y, por supuesto, las mariposas. La *Melanargia galathea*, con su elegante marmolado negro y blanco. La *Apatura iris*, una de las especies más comunes, pero no por ello menos fascinantes (los ejemplares macho producen una delicadísima iridiscencia al contactar con la luz), y también la *Vanessa cardui*, de aspecto tan aterciopelado que se puede confundir con una flor. Ah, pero visto así, ¿no son todas las mariposas como flores? Coloreadas y efímeras, oscilando en el viento con enigmática delicadeza. ¿Y qué es eso de ahí? ¡Ah! Nunca había visto algo igual. Sin duda debe de ser una *Nymphalidae*. ¿Pero qué tipo? ¡Si tuviera solo un rato para sentarse en el parque y tomar notas en su cuaderno!

Así de embelesada se quedaba Elisabet al observar a las criaturas que nacían tras el largo invierno para abocarse a la aventura y poblar un mundo desconocido. ¿Qué le tendría reservado a ella la primavera? Se apartó el chal de los hombros y sintió cómo el contacto de la luz del sol daba vigor a sus ideas.

Durante el tiempo que llevaba trabajando en la división de policía de Holborn, no recordaba ningún caso de asesinato que hubiera supuesto un misterio real. La mayoría eran crímenes cometidos de manera descuidada que la Policía resolvía sin mayores dolores de cabeza. Por lo demás, el día a día en la comisaría lo ocupaban casos de robos, estafas, escándalo público y prostitución.

El caso Linford tenía tantos aspectos que lo hacían extraordinario... Un hombre joven, de cierto calibre social y con prepara-

ción militar, asesinado a sangre fría en el negocio que regentaba... Un asesinato como aquel no podía haber sido accidental, sino meticulosamente deliberado. Así lo creía ella, y no había mentido a aquella niña cuando le había dicho que no tenía de qué preocuparse. Dudaba mucho de que aquel asesino se dedicara a matar de manera indiscriminada.

Elisabet atravesó el parque volando, impulsada por una energía que le cosquilleaba en el estómago, hasta que llegó a su destino: el edificio de la Policía Metropolitana de la división de Holborn.

* * *

El recibidor de la comisaría consistía en un espacio compacto y diáfano de techos altos, en el que un largo mostrador de madera cruzaba la sala de extremo a extremo separando la recepción de la zona de trabajo de los agentes. El aire olía a tabaco y al papel viejo de los grandes tomos encuadernados en cuero que se apiaban en las estanterías al fondo de la estancia.

Al entrar por la puerta, Elisabet vio que estaban registrando a un detenido. El agente Potter, sentado tras el mostrador de recepción, tomaba notas en el libro de incidencias. Frente a él, el agente Baker daba parte mientras echaba un ojo al hombre esposado y con postura alicaída que había a su lado.

Elisabet pasó frente a una pequeña zona de espera, donde una mujer y un hombre se cubrían la boca con un pañuelo mientras manifestaban su repugnancia. Ella también había notado el espantoso olor a alcohol nada más entrar.

—Buenos días —dijo cuando llegó frente al mostrador.

El agente Potter le dirigió una mirada fugaz por encima de los cristales de sus gafas.

—Buenos días, señorita Dodgett —contestó, y devolvió la atención al libro de registros y al agente Baker.

En un extremo del mostrador había una portezuela que per-

mitía el paso de un lado al otro. Tras atravesarla, se giró un momento para echar un vistazo al detenido. Era Albert McAlister, una cara conocida, lo que no era de extrañar. Algunos criminales prácticamente vivían en los calabozos de la Policía.

Recordaba a Albert porque una vez este se pasó la noche cantando *Oh! Susanna* a pleno pulmón. El superintendente había ordenado que lo soltaran solo para no tener que oírlo más. Tenía un aspecto deplorable, el pobre McAlister. La ropa, raída; el rostro, huesudo y sucio. Parecía que llevaba una eternidad sin dormir y era obvio que estaba borracho. Además, tenía una expresión confusa, como si todo aquello lo hubiera cogido por sorpresa.

Elisabet se dirigió hacia una puerta que había en un rincón, tras el mostrador de recepción, y que daba acceso a una pequeña dependencia que servía como trastero y vestidor. Encendió un aplique y cerró la puerta tras de sí. El mobiliario se reducía a un armario de cuerpo entero y una banqueta. En una esquina había una pila de cajas de madera y algunas herramientas e instrumentos de limpieza.

Abrió el armario y fue pasando la palma de la mano por las prendas que colgaban de las perchas hasta que se topó con la chaqueta de un uniforme de policía. La descolgó con cuidado y la levantó para examinar los detalles: el número identificador cosido en el cuello, los botones de latón dorados cruzando el pecho, el brazalete con los colores de la ciudad... Esbozó una sonrisa agrisada y la devolvió al armario antes de continuar pasando perchas hasta que dio con lo que estaba buscando: un delantal blanco de un tejido rígido y castigado por el uso.

Dejó su bolsito sobre la banqueta mientras se lo ajustaba al cuerpo con un lazo. Luego volvió a colocarse el bolsito y sacó de su interior un frasco que contenía un líquido amarillento.

—«Vinagre destilado» —leyó la etiqueta.

Vertió una buena dosis en un cubo y añadió la misma cantidad de agua antes de remover el contenido hasta que la mezcla adquirió el color apropiado.

—El peor enemigo de los cristales grasientos —murmuró con una sonrisa.

Según las normas de la comisaria, el personal de servicio tenía que procurarse sus productos de limpieza, asegurando así que los recursos no se malgastaran. Era verdad que muchas criadas, sobre todo las principiantes, pensaban que cuanto más jabón usaran, más fácil sería la tarea. Pero Elisabet no las juzgaba por ello. No todo el mundo sabía cómo funcionaban los agentes activos en el detergente, ni tenía la paciencia necesaria para seleccionar las técnicas e instrumentos de limpieza apropiados. En cualquier caso, no le quedaba más remedio que gastar parte de su exiguo salario en productos; aunque eso no significaba que tuviera que comprar artículos preparados, que eran tan populares como caros e ineficientes. En su lugar, adquiría en las droguerías cantidades a granel de los componentes que necesitaba, y cada día mezclaba y refinaba sus fórmulas según el tipo de suciedad a la que debía enfrentarse. Nadie imaginaba la cantidad de química y determinación que llenaba su cubo cada mañana, cuando lo llevaba en volandas de un rincón a otro dejando un reguero de brillo a su paso. Le divertía pensar que estaba en una misión secreta de limpieza de alto nivel.

Se equipó de cubo y trapo y abrió la puerta de un tirón... para darse de bruces con la señora Adams.

La señora Adams era la matrona. Servía en el calabozo de la comisaría de Holborn y en los de otras divisiones vecinas cuando había mujeres detenidas. El resto del tiempo, según Elisabet tenía entendido, trabajaba en la cárcel para mujeres de New London.

En los cuatro meses que llevaba prestando servicios en la comisaría de Holborn, además de encargarse de monitorizar a las

prisioneras, también se había autoproclamado coordinadora de mantenimiento y limpieza. El superintendente Kennedy, que aborrecía tener que asumir responsabilidades (aunque no más de lo que aborrecía que la señora Adams lo atosigara), acabó aceptando, al menos de manera pasiva, dicha disposición.

La anterior matrona, la señora Christiansen, siempre había sido amable con Elisabet. De hecho, mientras se limitara a mantener las instalaciones limpias, todo el mundo en la comisaría tendía a ser amable con ella, cuando no a ignorarla. Pero las cosas habían cambiado drásticamente tras la llegada de la señora Adams, que siempre criticaba su trabajo y le exigía realizar tareas duras e innecesarias. Que si distraía demasiado a los policías, que si se había dejado una mancha aquí u otra allá; y, sobre todo, que si siempre estaba metiendo las narices donde no la llamaban. Durante las últimas semanas, la persecución había llegado a tales niveles que Elisabet empezó a preguntarse qué motivo llevaba a la señora Adams a comportarse así.

Jamás hubiera imaginado que la razón eran sus manos.

En concreto, lo tersas y libres de señales que estaban. La matrona no podía entender cómo podía ser que aquella joven tuviera las manos en perfecto estado, a pesar de dedicarse a lo que se dedicaba. La misma señora Adams, cuando trabajaba en el centro penitenciario, debía hacer la colada y limpiar a diario, y a lo largo de los años, los productos químicos y el agua caliente le habían destrozado la piel.

Lo que no sabía la señora Adams era que su estrategia destinada a boicotear la manicura de Elisabet iba a fracasar, porque la joven nunca utilizaba el aguarrás del cuarto trasero para limpiar. Otra cosa que la señora Adams no sabía, y que Elisabet le hubiera explicado gustosa si hubiera sido más amable, era que si quería tener un cutis bonito, debería empezar por dejar de usar cremas para la piel con alto contenido en arsénico.

—Llega usted tarde.

—Le pido disculpas...

La señora Adams dejó pasar un rato en el que se limitó a cruzarse de brazos en la puerta mientras hacía lo que más le gustaba del mundo: mirar a Elisabet con desaprobación.

—De hecho pensaba que hoy precisamente llegaría más pronto de lo habitual. Los cristales de las ventanas del despacho están asquerosos. Debí de hacer un pésimo trabajo la última vez.

Elisabet trató de poner cara de estar muy avergonzada y demasiado afectada como para responder, aunque la realidad era que no tenía ganas de malgastar su preciada saliva con aquella mujer. Esto enervó aún más a la señora Adams, que sabía que, en última instancia, no tenía ningún poder real sobre Elisabet. La mujer frunció los labios y se puso roja de ira. Cuando parecía estar a punto de explotar, dio un respingo y se alejó taconeando, dejando a Elisabet algo aturdida, pero también aliviada, porque había logrado quitarse a la matrona de encima una vez más.

* * *

Agatha Thornton de *La Gaceta Ilustrada* se acercó al mostrador de recepción contoneándose de manera resuelta y con la mirada fija en el agente Potter, que seguía concentrado en el libro de registros. Llevaba puesto un vestido de lino de rayas amarillas y azules, una chaqueta de terciopelo y un sombrero del que se escapaban algunos rizos cobrizos.

—Buenos días —dijo en voz alta al llegar frente al mostrador—. Soy la señorita Agatha Thornton, de *La Gaceta Ilustrada*. —Su rostro era pequeño y pecoso. Los ojos, azules y enmarcados por unas finas cejas.

El agente Potter se quedó mirándola sin decir nada con el bolígrafo suspendido sobre el libro. No parecía muy impresionado.

La joven pestañeó varias veces antes de esbozar una sonrisa ti-

rante y ponerse a rebuscar en su bolso, de donde sacó una cuartilla de papel en la que figuraba una ilustración de la cabecera de *La Gaceta* y el nombre de Agatha bajo el título «Reportera».

Blandió los papeles frente al agente, y este se ajustó la gafas sobre la nariz.

—He venido a hablar con el inspector Clement Winston del Departamento de Investigación Criminal.

—El inspector Clement Winston está ocupado. Puede volver más tarde. —Y devolvió la mirada al libro.

«No», pensó Agatha. No iba a volver más tarde. Ya había visto durante suficiente tiempo cómo Winston se salía con la suya. Concretamente, seis meses; desde que el caso del Asaltador del Támesis cayó en manos del inspector, cuando todavía trabajaba en las divisiones. Winston había desacreditado a las víctimas y a los testigos que denunciaron el caso porque eran mujeres de la calle. Y no solo eso, sino que también definió las agresiones que sufrieron como «hechos puntuales y sin importancia». Agatha lo sabía porque ellas mismas le habían descrito la manera en la que las había tratado. Al final, el asaltador, cuya identidad era de sobra conocida por las mujeres que trabajaban en los alrededores del Embankment, fue puesto en libertad.

Agatha sabía que si seguía los pasos del inspector de cerca, este volvería a cometer otra negligencia, lo que le ofrecería una oportunidad para ponerlo en su lugar.

—Oh —insistió Agatha—, lamentablemente, el asunto que debo tratar con él no puede esperar. Me temo que ha cometido un gravísimo error en el caso Linford.

El agente Potter levantó la mirada hacia la joven con ligera curiosidad.

—Han detenido a la persona equivocada. —Sonrió ella, cínica.

El agente dejó el bolígrafo sobre la mesa y se quitó las gafas. Agatha interpretó el gesto como una invitación a desarrollar el

tema y sacó un pequeño cuaderno forrado en piel de su bolso. Se humedeció los dedos pulgar e índice con la lengua y fue pasando las páginas.

—Esta mañana he recogido tres testimonios de vecinos del anticuario de la calle Wald, que afirman que el señor McAlister, al que han detenido hace pocas horas, es un hombre enfermo e indefenso que apenas puede levantar la botella de ginebra, mucho menos asesinar a sangre fría a un hombre joven, en buen estado de salud y que resulta ser exteniente de la Marina.

Dicho esto, la joven apoyó un antebrazo sobre el mostrador y se quedó mirando a Potter con las cejas arqueadas. Él, por su parte, emitió un profundo suspiro y se giró hacia el agente Boyle, que se había acercado a devolver un tomo a una de las estanterías.

—Eh, señor Boyle... ¿Le puede indicar a esta señorita dónde se encuentra la salida?

El agente se giró hacia ellos con rostro soñoliento.

—Claro... —Se dirigió hacia la portezuela del mostrador con movimientos perezosos.

—Ya sé dónde está la salida, gracias —dijo Agatha de carrerilla, dirigiéndoles una mueca de desprecio.

Antes de dar media vuelta, su mirada se cruzó con la de Elisabet, que había presenciado la escena desde la puerta del trastero.

—Que sepan —añadió Agatha en voz alta— que el único error que ha cometido el hombre que tienen pudriéndose en el calabozo ha sido estar en el momento equivocado en el lugar equivocado.

Se dirigió hacia la salida taconeando y refunfuñando ante las miradas incrédulas de los que aguardaban en el recibidor. Cuando llegó a la puerta, se giró de golpe.

—Pueden decirle al inspector Winston que tarde o temprano tendrá que pagar por lo que ha hecho. —Y se marchó dando un portazo.